El exilio carlista en la España del XIX *

Acertadamente se ha dicho en muchas ocasiones que los refugiados son las víctimas de todas las guerras. Víctimas hay muchas, dependiendo el número de la intensidad del conflicto y del radio de acción que haya alcanzado. Pero de lo que no hay duda es de que los refugiados sí son quienes pagan las peores consecuencias de cualquier confrontación bélica. No sólo han tenido que sufrir la destrucción del hogar de origen, sino, allende las fronteras, atravesar por el calvario de edificar otra vida sobre las ruinas de la anterior, la que se lleva a cuestas. Historia harto conocida. No por ello fácil de digerir.

Cuando los estudiosos se han puesto en la ingente labor de rastrear un exilio, pocas veces se toman la molestia de descender a escudriñar la forma en que se ha desenvuelto la vida de la masa, el grueso del exilio, aquellos seres anónimos que han constituido la infantería (valga más que nunca el término) de un ejército derrotado. Casi siempre los estudios se han referido a la oficialidad, a los nombres importantes, a esa *crema* que dirigió la contienda y que, en muchas ocasiones, se desentiende de la penuria del exilio. Bastan unas pinceladas rápidas, un citar ligero e impreciso, una alusión a las regiones de procedencia, a los oficios predominantes y ya está, la conciencia ha quedado tranquila, ya se puede seguir adelante en el seguimiento del exilio de primera.

Amplia, apasionada algunas veces, como científica en otras, es la bibliografía que se tiene sobre el fenómeno carlista y las vicisitudes que corrió el exilio en tierras francesas, tras el Convenio de Vergara que puso final a la primera de estas guerras, hasta la expiración definitiva en los albores del presente siglo. Pero en todo el volumen documental no existe siquiera una aproximación a la suerte que corrieron las masas que formaban la tropa carlista, verdadera llama idealista y corajuda que, en muchas ocasiones, desentona con la mediocridad intelectual y el despiste histórico de sus jefes. Hasta ahora, con el término de carlistas se denominaba a los pintorescos *reyes* de dicha dinastía y a la profusión de caudillos y espadones que colaboran a hacer, aún más, de la pretendida ideología el galimatías con que las generaciones actuales le observan. Al hablar de carlistas, inmediatamente se vienen a la mente personajes como Carlos V, Carlos VII, el general Cabrera o el mismo Zumalacárregui. Pero de la grey anónima apenas se habla y sólo hay que adentrarse un tanto en ella para descubrir a gente que, al margen de la compasión humana que su situación pueda inspirar, ofrecen un interés histórico y hasta literario por la forma como entregaron sus vidas a una causa. Pero no es éste el propósito del estudio llevado a cabo por Rafael Rodríguez--Moñino.

El autor de este pequeño pero útil ensayo se limita a reseñar la existencia de una documentación que, por espacio de siglo y medio, durmió en diversos consulados españoles en Francia para ser rescatada por el autor en la representación diplomática de Montpellier. Allí se encontraba un legajo con el rótulo de *Emigrados Carlistas* y dentro de él lo relativo a las personas que se encontraban bajo el control de la circunscripción diplomática que fuese; los mecanismos para seguir sus pasos a fin de

* RAFAEL RODRÍGUEZ-MOÑINO: *El exilio carlista en la España del XIX*. Editorial Castalia. Madrid, 1984.

establecer si deseaban entrar de nuevo en España e intentar otro levantamiento; los informes que se recibían de la policía francesa y los que, a su vez, cursaban las autoridades españolas sobre tal o cual individuo, grupo o facción que, siempre a órdenes del caudillo de turno o de paso por la región, pugnaba de nuevo por la aventura carlista. Sobre todo, y bastante extenso, es el papeleo en este sentido, lo referente a los indultos con que el régimen español, ya fuese isabelino o alfonsino, trataba de que los ayer alzados en armas volviesen al país a iniciar otra vida.

Es de suponer que lo que contiene el legajo encontrado y el estudio de Rodríguez-Moñino no alcanza a todo el exilio carlista. Semejante tarea sería imposible de realizar, no sólo en éste, sino en todos los casos que múltiplemente ha dado la historia. Pero de lo que sí se trata es de un trabajo bastante útil, beneficioso al máximo a la hora de meditar sobre lo que significó el carlismo para la historia de España y la personalidad de quienes le abrazaron y malgastaron toda una vida en la terquedad legitimista, precipitando de paso el afianzamiento del conservadurismo que ya había echado fuertes raíces en la nación. Sin llegar a profundizar del todo en la cuestión, *El exilio carlista en la España del XIX* muestra la verdadera faz de la ideología carlista y de cómo llegó a influenciar a regiones enteras en su enfrentamiento visceral al liberalismo y al progresismo emanados de la Revolución francesa. Lo poco que quedó en España de dicho evento histórico deseaban los carlistas tirarlo por tierra y a fe que lo consiguieron, pues los tímidos pasos que los afrancesados pudieron dar se notan lánguidamente en la España de esas décadas y en las posteriores. Al mismo tiempo, el carlismo contribuyó de manera eficaz al confusionismo autonómico, intoxicando de foralismo arcaico las sanas ideas federalistas que más tarde se irían a intentar en la malograda Primera República de 1873. Los datos biográficos consignados en los expedientes que sirven de fuente a la obra de Rodríguez-Moñino confirman lo anterior, en donde se mezclan el despiste ideológico, el fanatismo revanchista, la ignorancia total en política, los intereses personales y la soberbia de los estamentos más radicales y ortodoxos del clero, que no dudaban en abandonar capillas, conventos y hasta catedrales para unirse a las tropas de los iluminados pretendientes. Origen, todo ello, de las desgracias que sufriría la nación en décadas posteriores y de las que aún hoy en día soporta la historia española.

La documentación examinada por Rodríguez-Moñino y traída al ensayo sirve de hilo conductor para seguir de cerca el trajinar de buena parte del siglo XIX español. Teniendo en cuenta que los conflictos carlistas empiezan antes de que concluya la primera mitad de siglo, para acabar por fin en 1875, puede decirse que el estudio de esta etapa de la historia nacional es imprescindible para evaluar las causas del porqué no de la entrada de España en la Modernidad de forma definitiva. Ya los gobiernos reaccionarios de Carlos IV y Fernando VII supusieron el sólido terraplén que ni siquiera la fuerza ilustrada de la invasión napoleónica consiguió del todo derribar; las tímidas administraciones posteriores algo pudieron hacer en pro del liberalismo, encontrándose con el socavador sabotaje carlista, que si bien no se hizo con la toma del Gobierno, copó áreas de influencia que, en ocasiones, se traslucieron en verdadero poder.

Cuanto más documentada se halle una parcela de la historia, más provecho se

podrá sacar de su estudio. Los acontecimientos bélicos que genéricamente se bautizan como *guerras carlistas* no fueron sino la lucha de unos príncipes por una corona y un cetro; dichas pretensiones, una excusa para que se batieran en lid las dos nociones que de España tenían los actores del drama de entonces.—MIGUEL MANRIQUE *(Palomares, 7, 3.º D. Leganés - MADRID).*

Una antología primordial *

Nacido en Burjassot, en 1924, Vicent Andrés Estellés es considerado en Valencia como el mayor poeta en lengua autóctona desde Ausias March. Desde su primer libro *(Ciutat a cau d'orella),* en 1953, su ininterrumpido quehacer poético, olvidado al principio y más tarde mitificado, ha sido fértil como las tierras donde nació y cantó durante toda su vida. Sus *Obras Completas* ya cuentan con el octavo volumen. En diez años publicó 23 libros, y uno de ellos *(Libro de las maravillas),* ha alcanzado las siete ediciones. Descubierto en los años 70 al 72 —años en que entregó siete poemarios—, V. A. Estellés pasó a convertirse en el patriarca de la poesía valenciana, mientras en el resto de España era casi un absoluto desconocido.

Un poco tardía, pero imprescindible, esta *Antología* viene a subsanar, en las posibilidades de sus 130 páginas, este lamentable desconocimiento. La selección, que intenta recoger de todo un poco del mucho de la obra estellesiana, está realizada por Jaume Pérez Muntaner y Vicent Salvador que, en la Introducción, ofrecen una breve y precisa valoración de la poesía y la figura de Vicent Andrés. Ha sido él mismo el traductor de sus poemas y, si bien la sonoridad sencilla y fluida y el ritmo perfecto del original se han perdido, aún conservan la médula fraterna, primitiva y mundial que identifica a su voz.

Es Estellés un poeta «elemental», en el sentido animal de la palabra. Un poeta que crece, llora y canta como una bestia lúcida encerrada en su zoo de cristal, humillada, amorosa, alegre ante la luz o aterrada en las noches calladas como nichos, pero siempre asombrada, siempre atenta. Y siempre exuberante y excesivo como ver sin descanso.

Elemental como debieron ser los primeros poetas: aquellos hombres solos y asustados frente al brutal milagro de la vida, que miraron las cosas y simplemente las nombraron. «Ahora nada más tengo ganas, puede ser, de nombrar.» No es otro el primordial oficio del poeta: el de nombrar. Como nombra el niño que está aprendiendo a hablar, con los ojos atónitos y los brazos abiertos como para abrazar o huir llorando.

Poetas así son sus maestros. Neruda y Vallejo, primitivos y últimos, cautivados por siempre en el encanto oculto de las pequeñas cosas que van dorando el día. «Es sorprendente el hecho de una cereza», dice. Pertenece, pues, a la formidable tradición de la «poesía impura». Aquella que nos canta la magia de las jarras, las sandías, el pan, los pimientos asados y el tranvía. Hijo de panaderos (oficio vallejiano por excelencia)

* VICENT ANDRÉS ESTELLÈS: *Antología.* Visor, Madrid, 1984.